

JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

UN PAÍS AL ESTE DEL MAR



**POEMARIO
DICIEMBRE 2002**



Colección Poemas de Luna

© JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

Fotos: José Luis Moya Palacios

Poemas: José Luis Moya Palacios

Prohibida toda reproducción de fotos o texto sin permiso del autor.

PORTADA

“Un país al este del mar”, es un poemario escrito a lo largo de diciembre del 2002, cuando fermentaba el invierno en las marismas del frío.

Sobre las líneas trazadas, se dibuja ese sentimiento de impotencia frente al tiempo que se va y jamás regresa. Y siempre, en ese sitio de alguna parte, de los deseos no cumplidos, en un país al este del mar...

Hoy pasa la niebla por los ojos de las campanas y deja en la plaza el otro frío. Mazapanes de niñez duermen enterrados en las dunas. En los estambres del mar quedaron los sueños de aquellas caracolas. Un raíl de tren es el camino de las estaciones. Por la turbia hojarasca del invierno resbalamos.

En las arrugas que los días sembraron, nos aprieta el mundo la garganta en las metamorfosis de la vida. Y andamos en círculo bajo los árboles, escribiendo el mismo camino de ayer.

Te vas haciendo mayor, y cualquier día puede ser tarde, cuando en los nudos de la noche nos convoca ya la edad. Hace tiempo que se han roto las cuerdas de las cometas. Sobre los cuchillos del agua, amontonados contra el frío, morimos de sed, en sed en los inviernos del mar.

Sobre la oscuridad de todas las noches, se suicidan los insomnios y estás a solas, navegando el tiempo en ese país al este del mar. Quema el alma recuerdos escondidos. Contra un espejo se apaga el hambre de besos.

Y sólo nos queda tiempo de vivir, para morir a ras de tierra, sin sueños, sobre la orilla de nadie, en el silencio de la nada, junto a la ignorancia de un horizonte de espigas.

Atrás queda ese cielo que no habla, el inútil viento de gaviotas. Nubes bajas penetran en el desván, abrazando las rosas ajadas de ayer. Los sentimientos azules recorren la tarde. Ese misterio del adiós... el afán de pervivencia... y los olvidos.

Tras la ventana, el otoño lame la piel de los árboles caídos. La madera muere soledad sobre tablas amarillas, en la ciudad de los juncos.

Nos llega esa otra soledad de los chopos sin hojas, la muerte de los álamos que pudre el agua. Y aquí estamos mojados de tiempo, sin mapas de sol para vivir, con la infancia perdida entre las manos, esperando primaveras muertas.

Poco a poco, la lluvia araña el corazón como a los árboles, dejando serrines oscuros entre sueño y sueño. Se agrietan las horas en esta agonía de barro y de camino, donde faltan girasoles.

En los escalones de la memoria, quedan los escombros de la voz y las pisadas, los escritos de ayer sobre la hierba, y el alma atrapada en la nostalgia que asciende hasta los ojos como un grito.

Por las calles del silencio el viento duro toma apuntes de los perfumes oscuros del ámbar. Murieron las acuarelas de ayer. Ya nada será igual, tras el regreso a la orilla de aquellos claveles que arrojó el agua del mar... En el cristal de los recuerdos, sobran cicatrices.

Y cerramos los ojos para sofocar las ternuras. Como ave apedreada nos hundimos en las edades del mar, en la bruma de los corazones solitarios. Nacen palabras rancias de los eructos dormidos. Las verdades permanecen en las costuras de la niebla, en esa jaula de una muerte lenta, sin llaves ni maletas,

En la última campanada, la raíz de un poema busca crecer en los espacios del viento. Ayer, palabras limpias se llevan los pájaros de madrugada. Tejo a prisa un tiempo moribundo para pervivir más allá del arco iris, del vuelo de las gaviotas.

Un reloj de péndulo desnuda el silencio de la última hora. Ciudad triste. Por los arándanos del ayer van aquellos labios que amamos... y en los adentros mar y cicatrices.... Sueños... recuerdos que se van sobre una playa a la deriva.

Y sin querer, morimos de rodillas, cualquier tarde de abril, sin nada, sin nadie, a solas,... junto a una piedra de silencios, en "ese país al este del mar".

A handwritten signature in black ink, reading "José Luis Moya P.". The signature is stylized with large, flowing loops and a long horizontal stroke at the bottom. It is positioned to the left of a vertical red line.

José Luis Moya P.

POEMARIO

En un país “al este del mar” estoy a solas, como piedra detenida en la arena mojada. La niebla borra los caminos y el aire es un espacio en blanco. Estalla en la mañana la sirena de un buque que parte. Sobre el mundo palpita la orilla de la nada salpicada de goterones y olvidos. El mar, desnudo ahí afuera, y yo, en este invierno, dentro, acorralado.

En el portal de tu historia estoy con un ramo de rosas. Bosteza el sol sobre la espalda de la tarde. Te sigo esperando en cada poema con ojos húmedos y puntos suspensivos. Se escapa la vida en cada estación del mundo. Me agarro a mis verdades de papel. Barcos varados en un desierto de arena. Dame un país contigo en el corazón de los tulipanes.

Cierro los ojos y te acuno en el tiempo de mi noche. Quisiera habitar el gozo de una palabra interminable, de un beso eterno sobre tu piel desnuda. Tengo latidos hondos y esperanzas puestas en el mar. Contra este invierno de lluvia amontono rosas y manzanas amarillas, la tarde de pinos... y el silencio del mar.

Un sueño de invierno me ha hundido en el fondo del pozo. Siento la nada del mundo en la muerte de los colores. No sé qué hacer con la oscuridad. Ya no hay calles con pájaros del alba, ni luz contra el horizonte. No acierto a salir de la noche y mojado estoy de sudor y lluvia.

En las escaleras del tiempo me he sentado. He retrocedido a la infancia y hoy estoy de luto. Encadenado al cielo para siempre, voy sobre el tiempo de la lluvia y las arenas. En el viento dejo las semillas para ver crecer los árboles y el trébol. Más allá del lindero de manzanos está el mar y ese cielo indiferente que me mira. En la estela de los ojos del niño de ayer, aun hay besos y vuelos de golondrinas.

No acierto a levantar de la noche la esperanza. Es difícil crear un gesto nuevo cuando la lluvia desmorona los adobes. El mar, infectado de medusas, viaja bajo un cielo de piedras. Con caracolas blancas marco el rumbo para no perder el camino en las arenas. Una canción hay en el aire. Un poema parte. Susurran los labios besos. Me abraza un mar de inviernos. En mis tiestos hace tiempo que murieron ya las dalias.

La coreografía del agua se mete por los sueños en el tiempo detenido del mar. Duele la esperanza cuando en el camino de la luna no hay estrellas. El invierno, se ha detenido sobre el aire atropellando el corazón de niebla baja. Se apagan las voces de los árboles y un silencio de muerte convoca las mañanas ateridas. Lloro ese corro de trébol atado a la luz. En fila se ponen las palabras para crear el último poema de la tarde. Y sólo hay soledad en las esquinas.

Debajo del silencio tuyo y mío sólo queda una arcada de adobes mojados. Murió una madrugada ese oleaje de manos bajo los pinos. Éramos buscadores de ternuras en un tiempo sin retorno. En las prisiones de los ojos quedan todas las chatarras. Sobre una playa, el último ritmo pulsátil de las medusas. Nuestros besos y el mar hoy están enfermos.

Busco el bosque de los pinos donde el aire es libre para vivir. Hundo las manos en las hojas y en el agua del río que se me va por los sueños... En los ojos queda el dolor de las almendras, el sabor del vino fermentado en las tinajas. Resbala en los hombros el confeti de la infancia, aquellas manzanas entre la paja y el heno... Las meriendas de mantequilla y miel. Los arricángeles y las sábanas al aire... la fiebre, el anís, aquel jabón entre la ropa... las heridas en los troncos, las pisadas en la nieve... y el invierno, con aquel viento de soledad en las paredes... los días de lluvia tras los cristales. Las primaveras hondas... las horas todas de abril... el agua del botijo, el tiempo de la siesta... los senderos de los sueños... aquellos besos de madre las tardes de nata y tomillos.

Me ha despertado el sonido de latas anudadas flotando al viento. Tiene el día el sabor a ácidas harinas. Como una espesa mole gris llega la niebla impenetrable a los suburbios. Tengo dentro la soledad que la vida me ha dejado. En un diario entierro las palabras para inmolar el silencio. Quedan atrás los signos llenos de memorias vacías. Bajo al agua por la costa de la tierra, con renglones torcidos pintados de negro. Queda atrás el corazón, dibujado lento, en el tronco de abedules. Busco una hoguera para estrenar la noche.

Hojas de laurel. Perfume de niña. Sendas de infancia. Rosas de mayo. Letras bajo la hiedra. Goma de borrar. Campanario en fiesta. Viento detenido en la calle. Noche recostada en la pared del invierno. Tacto del musgo. Corazón solitario. Piedra blanca. Canto de infancia. Enigmas por vivir. Otros sueños, una mentira. El adiós. El tren que parte. Los troncos, el humo, la espuma y el mar. La soledad de los pañuelos. Aquella noche de luna,... la calma de los pinos... Hojarasca. Puño cerrado. Rutas de siempre, el tiempo, las aceras, los poemas que se van... Y siempre solo en los senderos. El abandono de la luz en los ojos, agrieta la vida para que penetre la mar.

Un grano de arena, una gota de agua, un desierto, un océano sin playa. Vivo en el abandono de tus ojos, en la desajustada historia del destino. Una atajo busco para cruzar el mar las noches de tiempo dolorido. Peregrinados paraísos gritan la soledad. Dame, Señor, un espacio en tu naturaleza abierta, caliente de veranos.

Bosque transitado de naufragios, de inviernos y soledad. Filtros de la tarde tamizan las horas del sol. Aquellas zarzas atravesaron de parte a parte

madreselvas. Despliego un verso dormido en un papel amarillo. En el embate del tiempo se pierden las alcanonías del humo. Inmóvil está el mar, reclamando un aguacero, aguardando la oscuridad de la noche.

Gimen mis huellas cada paso hacia tus ojos en el silencio de la noche. Desnudo de otoños, queda tras el tiempo, el rodar moribundo de las horas de los rosarios. Deshechas las marismas en la piel del mar, un día más, apuntan los recuerdos al tiempo transcurrido. Hoy, sólo eres, en otoño, el agua de una luz en el pozo de la sombra.

Una canción fermenta esta noche de lunas. Como espirales de humo manchan el cielo, así los sueños humedecen mis paredes. Dentro, queda el dolor de las maderas, el troquel del frío, el paso del tiempo en las pizarras. Buscan los ojos, la luz del agua, el rastro último de aquella estrella perdida.

Grito de nube. Beso del mar. Cincuenta años envejecen las cortezas de abedules. Al otro lado de la dársena, en la soledad de las medusas, mueren palabras de ternura. En las certezas del tiempo viajan las proas de la muerte. Laberinto sin quietud, sin canciones, enredadera de humo abrazada a la nada del silencio y la tierra.

Con el ropaje de viejas palabras, visto mis pensamientos para dártelos. Sólo me quedan canciones de esquelas y cálices de campanas. En el dolor del tiempo ausente, abandonaré la luz de ayer. Dibujo en el papel, las palabras de los ojos. De aquellas tardes rotas, quedan sólo cenizas y gemidos enhilados. Tiene el alma desnudez de última espera. La sombra es una noche, el vivir ya no tiene ventanas.

Contemplo el paso interminable de las olas por las mismas arenas. Se adentra el crepúsculo en las llagas. El carmín de la tarde apenas roza las nubes. La paz regresa a la luz del mar, a las orillas que calla el tiempo de las sombras.

En los subterráneos del crepúsculo busco los últimos girasoles. Un cielo de moras y limones nos despide. Acuna una canción el mar. Lloran los ojos el camino de las lunas.

Una noria de tristezas mueve el ritual del tiempo. Quiero que pase el temporal de mapas sin bitácoras, de estrellas sin brújula. Un día más, mis sueños acortan la distancia en los años idos, en el dolor transido de humo. Sé que algún día buscarás otro tren para tu soledad y querrás encontrarme inútilmente.

Por las palabras del frío y la lluvia me resbalo. Tu ahí, en la distancia del silencio, en el agua que limpia los cristales. Cambiarán, tal vez tus ojos otro otoño, bajo la luz clara de los castaños. El luto jugara con la alegría en el perfil de los años perdidos. Ya no es tiempo de miradas ni poemas. Las moreras murieron una tarde... abrazadas al relámpago.

Fragancia íntima. Noche de jazmines. Paro las palabras para escuchar el silencio. Me habla el océano de las gaviotas, de girasoles amarillos y manzanas. Estoy desnudo ante los ojos de una estrella. Muere dentro el pasado a ritmo de las arenas y el mar. Arrojado al mundo de nostalgias como flor inútil, vivo mirando al cielo. Una voz. Una piedra. Un olvido. Perdido estoy en la piel del mar, en la tierra mojada de los labios del tiempo.

A solas, con la textura del agua entre las manos, aguardo las tardes. Hoy tus labios son un imposible que camina por mis hambres de tus senos y tus risas. Otro tren de sueños parte de mañana, por tu piel, por tu estrella y tu cintura. Escribo versos que no comprendo. No sé que estoy haciendo aquí. Me iré a la otra orilla del mar, sobre tablas de naves anónimas, para escribir un libro nuevo en las tardes que me faltan.

Tengo una vida inútil, fugaz como el agua en el tiempo de crepúsculos. En las geografías de la piel portamos nuestras derrotas. Escribo versos donde hacer perdurar las caricias. No encontré el amor en ninguna estación de olvidos. Mil cosas guardo en los armarios desde que tú no habías nacido. En el ladrido de un perro, al sonar una campana se reúnen las horas del mundo. Nos destruyen de líquenes los años y los grafitos destrozan las cuencas de los ojos. Sobre los latidos de la piel portamos nuestras derrotas.

Él esta contigo ahora, en la soledad de margaritas mustias, en el doliente jardín de las fragancias corrompidas. Murieron en ti aquellos besos de lilas en el crucifijo de la luna. Jamás te regalará más noches, en la quietud del tiempo vivido, en la orilla del mar, en las tardes de pinos.

Llega a la tarde honda, este ritual de la lluvia en mitad del otoño. Sobre el jardín quedan los colores del musgo desvaído. Ignoro qué paredes tocarán mis pies en la agonía, en el momento de abrir en silencio ese libro que busco. En esta página quiero depositar una caricia blanca, que traspase el extremo del mundo, que encuentre aquel amor, que sea el fin de mi tristeza.

Hoy eres recuerdo, fin de mi tristeza. Un día. Un silencio. Un beso y otra cosa. Las tardes dolientes del jardín mueren en el tiempo de tus trenes, en el sobado trasiego de las monedas. Se perdieron mis poemas entre tus libros amarillos. En el altar de los raíles abandonaré un ramo de flores. De lluvia y noche están mojados los claveles.

Un día estrenaré otros caminos, una mirada, un altar, un crepúsculo, cuando pasen las palomas. Escribo poemas para las horas de la noche. Pisadas sin rumbo, ojos ciegos en las canciones de la vida. Me quedo en los insomnios, en las palmeras que acaricia la soledad. Todas las bilis están juntas en un frasco. Otros ojos. Aquella mujer del mar... Entre los ritos de los días iguales se pierden las palabras de amor. Ciego, camino en los lagares que deja la ausencia del agua.

Quiéreme de abrazos lentos en los vértices del mar, en las esquinas del cielo, en las fisuras de la noche.

Hormigas de luto riguroso cruzan en fila la piel de los chopos. Anida el otoño en el alma de las hojas y lloran las cosas que quieres olvidar. Tengo noches de fiebre y crepúsculos húmedos de frutas. Sigo descalzo los pasos circulares de un universo en anillo. Olvidaré los nombres que murieron en los remos del agua. Me queda la huella de noviembre en mitad de los ojos.

Tras la noche, tu piel pálida de lunas y mis besos junto a la ventana sin geranios. El mar eterno, herido en los amaneceres albas de cientos de flamencos rojos. Aquel sabor de las violetas y el café frente a los pinos, soñando el cielo... luego la tarde plagada de gaviotas y sal, el sabor dulce de las frutas. Y la noche entrando por tus ojos en los pliegues de seda del último crepúsculo.

Calles que fueron. Mordidos labios de sal. Polvo último de los olivos. Tu cuerpo desnudo me recibe. Besos en mitad de la noche. Entre los dos urdimos secretos que el tiempo acuñó en nuestros años. Los días están muriendo de campanas, como los renos en las huellas de la nieve.

Tú y yo desnudos. Las gaviotas, las rodillas en la arena. Las manos en los cálices del agua. El sol perdido de regreso y las sonrisas creando ternuras donde tú miras. Aquel viento en los ojos negros del cielo. Noche y orquídeas. Aguarda inmóvil el alba sobre la arena. Las rosas crearon perfumes de campanas para el amanecer. El agua tibia del mar besa nuestra historia en los pliegues del día recién estrenado.

Palpitan las cadenas ante el paso del río. Ciudad dormida. Un cáliz de invierno provoca la muerte de quien te mira. No te pongas esa guirnalda de flores granates en el pelo. Olvida esa necesidad maldita de pervivir el alba de las lunas. En nuestras manos, cuando mueren los crepúsculos, no existe nada, más allá de tú y yo.

En el quicio de una maternidad de rosas vivo recuerdos y nostalgias. Una línea curva acompaña el beso de cristal en mitad de la noche. La realidad no existe más allá de los ojos. Cruza una sombra el asfalto mojado de los álamos. Y estoy muriendo a tientas, sin besos.

Tu cuerpo desnudo sobre la cama de los dos. Quietos en el perfume los jazmines. La oscuridad de las paredes, el temblor de tus senos junto al claro de luna en mitad de la noche. La marea lenta del verano y tus besos en los ojos... las cortezas de naranjas, nuestras manos haciendo deseos las caricias en tu boca de almíbar. Todas las ternuras enredadas en tu pelo. Y el murmullo del mar abrazado a la ventana. Pétalos de luna y nácar estremecieron tu vientre. En el fuego de los labios prendimos los sueños. Se niega la noche a morir. Un sol tibio de amanecer rozó nuestra espalda desnuda.

Las cárdenas montañas permanecen quietas en la bruma. Abraza el mar la tierra y esa bahía sin orillas. Por los hombros de la cúpula resbala una campana dolida. Se despierta el silencio al ritmo del mar y en el aleteo blanco de las gaviotas. Humean los tejados. Sabor a lilas y a pan reciente. Un día nuevo nace junto a la paz de las arenas. Por entre las palmeras surge una luz de caramelo.

Círculos de gaviotas nómadas habitan un cielo indiferente. Las maromas y cordeles golpean los flancos de los barcos. Quiere el mar vida interior mientras agita las velas del viento. Una luna de brumas pálidas se disuelve contra los pinos. Por la arena de la soledad peregrino mi ruta, mientras las anclas queman las horas para vivir. En el cielo, gaviotas nómadas buscan primaveras.

Te vi al otro lado del cristal. Tú misma eras un escaparate. Sentí ternura de niño. El interior se conmovió, como los lagos cuando llega la tristeza del otoño. Hubiera querido poner en tu regazo rosas y margaritas. No me viste. Y te quise en silencio de pasajero. Nuestros trenes tenían el rumbo de distintas estaciones. Te miré a los ojos un instante y no reconociste mi silencio. Sigo unido a esa muerte incesante que nos queda. Pasé de largo aquella tarde por tu lado, como pasan las gaviotas por el cielo y el sol por los días moribundos. Hoy, cerca de la arena, aún me grita tu recuerdo.

Pasa el tiempo sin ti sobre mis páginas amarillas, y aún siento que te quiero como la luna al agua del estanque. Aquí estás, en mi noche, aquí te quedas, en la oquedad azul de los recuerdos. Báilame un bolero en los ojos antes que me derrote el alba, antes de ser ya nada en el corazón de tu olvido.

Rayando el alba, frente al mar, tomo café. Una rosa permanece en el jarrón, las colillas en el cristal del cenicero. Por tus ojos pasó ya otro mes de abril. Tu sonrisa con el tiempo se me está borrando del alma. Mis ojos te miran en las

pupilas que pasan junto al mar cada mañana. Porque para mí, aún sigues siendo una niña.

Los cielos guardan las huellas durmientes de la arena. Atraviesan el día las palomas y yo te llevo aún en el tacto de las manos. Aquella tarde de pinos y sombras... Tus ojos. Nuestro paisaje sin nadie. Aquel beso enredado en las sonrisas del verano. Y luego, mil noches seguidas encontrándote en los sueños, en crepúsculos de fresas y naranjas, en tus labios abiertos como el mar, en tu cuerpo blanco de azucenas. En la complicidad de las sombras yo te quise, e hicimos un camino de lilas para la luna.

El tiempo no ha borrado aquellos ojos que dibujaron las tardes del verano. En la playa te espero sobre la misma piedra. Aún recuerdo aquel tren de niebla mientras me llega el silencio de tu ausencia. Desde la playa miro al cielo buscando el camino de los pinos. Cierro los ojos. Arde la tarde bajo el sol. Antes del crepúsculo dibújame con tus manos la línea de la vida. Quíereme despacio en el tiempo del agua que roza la arena.

Altos mástiles y proas; playas, celofán de espumas. El sol ríe sobre una bahía de amarillos. Tú tan lejos de estas aguas, de este mar que abrazan las palmeras. Solitario entre las cañas de pesca paso los días descartando recuerdos. Yo sé, que aunque el mar no lo comprenda, llevas caracolas y madreperlas en el interior de tus pupilas.

Una terraza, un café, una piel desnuda besa el sol. Un hombre, una mujer, un instante azul. Unos ojos dibujados en el sueño de otros ojos. Aquel escote abierto al mar. La mirada acariciando el pelo. Un vuelo de mariposas. No me preguntes cómo pasa el tiempo. El cigarrillo roto en la desnudez de una provocación. Aquel licor, aquellos labios rojos en el borde del cristal. La noche oscurecía bajo tus pestañas negras. El sol de ayer, ... los tules del tiempo y el mar... los posos olvidados, en el fondo de una taza de café.

Pasa la siguiente página del libro donde no hay brasas ni hogueras, donde sólo quedan pavesas. No me rompas el corazón este verano con tus besos de trigo. De isla en isla, de soledad en soledad, de naufragio en naufragio hasta la nada. En el silencio del humo soy un pasajero, hasta que, de rodillas, deje el corazón de latir.

Se apaga el día que de mañana chorreaba sol. Queda el silencio inmóvil de la playa y la tarde esperando la luna. Sigue la vida en el pulso de las medusas, en las eternas esperas a este lado de la orilla.

Las márgenes del mar desmenuzan la noche. Están vacías las manos de ese sol último de tonos amarillos. Cae un velo de niebla entre los pinos y el mar. Transidas de bruma y hiedra quedan las piedras, gastadas como icono inerte de tiempo y soledad. Esta noche, los ojos, no tienen lunas para cantar al cielo.

Se cuelga en tu mirada mi deseo, el fuego hecho palabras en los versos que te escribo. Me arrastro por el blanco de tu túnica en los sueños. Queda en las manos el gozo de la paz del mar y tus besos. Cántame silencios al borde de los pinos.

Deshojo el tiempo transcurrido de las flores enfermas. Moja una lluvia de melancolías inciertas, ese viaje a la infancia sin retornos. Estoy en la penumbra, frente al mar. Cede la tarde ante el lento parpadeo del faro. Queda el ayer de los molinos en los veranos de la memoria. El hoy es un pausado peregrinar de los árboles crecidos en silencio en el tiempo del agua. Ojos de mujer. Téjeme una sonrisa en la punta de una estrella, antes que las frutas maduras anuncien el fin del mundo.

Elijo los sueños de tus ojos para quererte y quedarme. Cede la tarde en el lento parpadeo del faro. Poco a poco, sobre mi vida y las ventanas, desciende la penumbra. Queda acunado en los adentros, un silencio de derrota, una emoción sin brillos, un escozor de quemadura. Permanece apagado el fuego de las estaciones. Ya nadie te roza la piel con suspiros. Dos silencios más tras la ventana. Las pavesas apagadas. Dos soledades unidas en las cicatrices de los labios.

Me quema los ojos una vela y te sueño en las transparencias de las enaguas. De nadie he recibido tanta luz mientras remaba silencios. Entierro deseos en el agua salada, para besar murmullos azules y caracolas. Se va el tiempo las tardes de pájaros, mientras llueve en los hombros el silencio.

Derrota la tarde al mar en las espumas, en las palabras perdidas. A la espalda llevo todos los olvidos. Viaja la tristeza en las alas de las gaviotas. Sobre la piel he pintado un tatuaje con tus ojos. Y busco una redención de olmos. Hoy estás en el recuerdo de todos mis versos anudados. Hago noche en el devenir de la memoria. Sentado en la arena miro el cielo vacío. Resbala por los hombros la bruma y en mis hojas amarillas escribo palabras de humo.

Piso la grava de tus huellas en la vida, el luto que dejas en los pasos, los otoños que lucen tus ojeras. No me quedan sueños que acunar en las tablas de mi barco. En espacios mojados del trigo enmudecen gritos de amapolas. Rumio la paciencia de vivir sin rumbo propio bajo el sol, en la erosión del tiempo sin orillas. Y día a día, muero en la grava de tus huellas, en la vida, en el luto lento que dejas en los pasos, en los otoños que lucen tus ojeras.

La Luna sola, llena los momentos vacíos, esperando un milagro de la noche. Un instante detenido en el tiempo que aguanta su hora. Edad de las hojas muertas. Palabras desparramadas expiran como palomas. No supimos ganar años a los días de emociones. Atrás quedó el verano de aquellas bicicletas de infancia. No es fácil proseguir por ese camino de norias, por eso, morimos en la herrumbre de todo lo que envejece.

Nunca aprendemos del ir y venir del mar. Se nos muere la vida con susurros en los labios. Esculpimos ambiciones de laureles que se disuelven en el agua. Escógeme Dios de la luz para un camino nuevo. Te esperaré bajo el arco que designes, en el umbral justo del temblor de los ojos. Déjame una alegría en el pecho. Redime mis heridas de silencio en la cuenca de las manos. Sácame de esta ciénaga de juncos. No me dejes grietas en el alma. Lava con perdón mis cicatrices. Llega a mi sombra. Derrámame una tarde de vino para tener mañanas de esperanza. Haz de todos mis instantes beso. Toma mi cuerpo como ofrenda, como pasión de rosas apagadas. Déjame morir clavado a un mástil... contra las velas... en los topacios azules de la mar.

Un día más, pervive el corazón sobre tulipanes y barro. Rozan los labios tardes de racimos. La sal escuece en las heridas. Derrotados estamos en aquellas espigas secas. No es posible tornar a mendigar el don de la tierra, el perdón del mundo. Hoy aliento y frío del alma se confunden, junto a un hogar sin ascuas. Busco una voz de sol, más allá de los musgos y helechos.

Hay una espera perenne en las estaciones de los trenes. El latido es un aguardar de madrugada sobre el tiempo de los otros. Y ahí están las maletas siempre, a punto de partir hacia un viaje sin nombre. ¿En qué parte del mundo se hundirán las pisadas? ¿A qué grieta de la vida se asirán las manos?... En los cajones envejecen cosechas de sentimientos y fotos amarillas. Una flor ajada en un florero se niega aún a morir. Y yo, a solas... contra esta penumbra que me abraza, contra este mar de melancolías que me parte.

La noche me hace daño, me guía a la tierra del sueño, al lindero azul de la niñez. Una semilla. Un diluvio de agua. Tiempo de germen de las paciencias. Un dejar que surja el sol las mañanas de verano. Crece la vida mientras cruzas hacia el otoño. Surge la soledad de las arrugas al peregrinar supervivencias. En el dolor de los pasos, en la tarde, sobre los lirios, creces como un brote más para la muerte.

Sentado en la arena, frente al silencio de la tarde, escucho el alma del mar. La ola es gemido, la espuma beso. El ayer, una abrazo de caricias en el destino del verano. Queda el cuerpo bruñido de cansancios, en esta parte de la orilla. Navega la vida entre islas, esperando la nada de un día desnudo. Un suspiro

se hace tiempo sobre las cuadernas del barco. En cruz muere la vida, en el viento helado, sin rumbo, sobre los cuatro puntos cardinales de los ojos... y el mar.

Cae la voz de un saxo sobre un jarrón de rosas. El aire se quiebra de golondrinas y verano. Tamizada está la mañana por un sudario de perfumes azules. Guía los ojos un mar de cristal a la paz de las arenas. El gozo va conmigo en los ojos cerrados y en el silencio de azucenas.

A la ventana llega el olor del galán de noche. Todas las sendas me acercan a ti, en las viejas pisadas de los días. No sé dónde crecen aquellos álamos de sol, ni en qué ciudades llora el cielo. Acumulo, noche a noche, los recuerdos y ya sólo me queda el último viento estéril del mar. El amor es tierra gris para el otoño, al otro lado de las flores. Hoy te necesito como al silencio. Háblame despacio, de bruces contra la niebla, contra mis vagones repletos de recuerdos. Dormiré en las caricias de tus manos, mientras la última nevada transite en los ojos.

Tu corola de labios rojos trepa a los sueños. En el viento sin rumbo alumbras perfumes. Tu vientre es un río de madre selvas y ternura. Transparencias dejas en el amor del tacto, y en los ojos, contigo, nadan crepúsculos de tarde.

Vivo en mi país de interrogantes oxidados, enfebrecidas las manos por el acoso de preguntas. Arrastro atardeceres de polvo, amarguras de noche en los sueños. Esquivo los ángulos del frío para seguir viviendo, y la vejez penetra húmeda por todas mis cerraduras. No quedan oasis de sol para las heridas, ni blancas túnicas para la piel desnuda. La vida es un día de viento y sal, el abrazo de una rosa extinta, el rumor de un día de lluvia. Entre caracolas y la prolongación del humo se marchita una voz de noche.

Caerá la lluvia sobre la ciudad gris. Nos marcharemos deprisa en las pisadas del mar. Los perros ladrarán a las espigas. Un jarrón de crisantemos será nuestro epitafio.

El aire juega con las palmeras. Un murmullo de brisas y perfumes humedece la mañana. Se amontona la nostalgia junto a las dunas de arena. La claridad del día fustiga las banderas. Inmóvil, sobre las piedras del verano, escucho el mar. Quema la mañana olvidos blancos al pie del agua del surtidor. Una democracia verde de bambú arde en las pupilas. Aves desconocidas visitan la playa. Busco las copas de los árboles para mirar el cielo, para saber que lo único eterno es el cielo en el ritmo de la mar.

Un libro está perdido en el fondo de una oración. Se vierte sobre una vela un rosario de silencios. Avanzo en el cansancio de quererte, en el incienso de las tardes. Ya conoces todos los poemas, mi mar y mis locuras. Sobre la niebla de los raíles te busco hasta que torne la lluvia, hasta que pase el invierno, hasta que llegue otro tiempo de rosas y moras.

Una luz. Un instante. La voz se reconcilia con las flores. Vivo en las grietas del mundo esperando golondrinas de tarde. Cicatrizan las heridas en la soledad de una playa. Todo se pudre en el óxido del tiempo. Ser y estar, norte y sur. Un brote de trébol para la muerte. Queda en las manos el ayer, la soledad del mundo y el dolor de las cenizas.

Anida en tus labios un licor de malvas. No tengo hoy palomas para entregarte. Descubre tus hombros para los besos y no cruces los brazos sobre tus pechos. Rozan los álamos el cielo y mis hambres tus latidos. Después de los sueños, queda el cuerpo desnudo, buscando el alma un día de limpios abrazos, más allá de las arenas y el mar.

En la tierra del tiempo... el verde de los maíces. Tus ojos, el silencio. Mis palabras buscan nidos para acoger tus sentimientos. Una guitarra llora con las cuerdas quebradas. Palomas de espuma habitan la playa. Corazón de sueños. Latido del mar. En tus manos dejo dormidos los perfumes del bosque el sabor de las grosellas.

Me quema un poema entre las manos. Hazme un puente de gaviotas para llegar a tus ojos. Desdóblate como bandera para acunar mi viento. Dame tu sonrisa de mañana fresca para el eco de mis palabras. En los labios del silencio te dejó un barco eterno de tulipanes y besos.

Estoy en el centro de la mañana, de esta lluvia que no cesa. Empapa la tierra el agua en el abanico de las palmeras. Habitas mi recuerdo de humo y nube. Tengo en las manos un libro blanco de silencios y páginas quietas. El mar del verano. Las frutas, tus senos abiertos y una larga playa de recuerdos.

Poco a poco, te has hecho para mí ya imprescindible. El pensamiento mendiga tu imagen más allá de las tardes de sol. Aún no han muerto las lluvias de abril. Viajas en mí, en el perfume de las rosas. Hazte miel en tu escondite. A ti me abrazo cada aurora, cuando susurra el alba.

Sólo desearía viajar al mundo de tus paredes, de tus sueños y tus soles, de tu vida y tus deseos, de tu corazón y el mío.

Te he comenzado en mi almohada y quiero que sepas conmigo el color de los cerezos. Me iré tras el sol, cuando muera la tarde, cuando las hojas vistan túnicas amarillas.

Me abro a ti de recuerdos lleno. Descongelo un poema de luna para hacerlo beso en la hierba. Te convoco en las lumbres de mis fuegos, en los bosques azules donde habita el viento. Y lloran tus ojos palabras en mitad del trébol, en aquellas flores abandonadas. En el interior sangran las preguntas. Enciendo leña para quemar sentimientos. En una copa de cristal ya grita el vino nuevo.

Se ha detenido el tiempo en el follaje de tu pelo, en el umbral de tus ojos. Quedan nidos de silencio y besos en tu vientre para llegar a todo. Te sueño traspasar los días de oscuridad agazapado junto a este mástil. Nado a contracorriente por los misterios de tu vida, mientras vuelan lentas las palomas. Congrégame de besos en tus senos para penetrar tu mundo.

El día ha despertado en la plaza un sarcófago de golondrinas. Repaso la claridad de tus ojos y sueño. Se han desnudado las calles de sombras. Tu piel de nardos me seduce en mitad de esta cama compartida. Con amor de terciopelos, guardo silencio en tu despertar de margaritas mojadas. El mundo está ahí afuera. Y sigues aún dormida en el ultramar azul de las cenefas.

En medio de las pulpas del día, tañe una campana. Las lilas se han despertado en los sueños del rocío. Tengo sobre los ojos, una niñez inacabada que grita girasoles. Sentado frente a los bulevares de tus frutas amarillas, amontono piedras y deseos. Se me adentra una oquedad de inútiles nostalgias. Y ya se acabó aquel pan reciente. En silencio, reclamo tu mirada para un suicidio de tréboles y amapolas. Deja en mi piel tus besos al partir de madrugada.

La ternura del mundo. El olor de tu pelo. El calor de tu cuerpo. Soñar la eternidad es imposible en el tiempo de la tierra. Tengo una canción que no conozco, vino y pan, y sólo viento en el camino. Y tus manos en mis ojos.

Tormenta de verano. Margaritas bajo la lluvia. Mientras vivimos, acunamos esperanzas. Todas las llamas cuentan la muerte de una vela. Conducimos el dolor a solas, sobre la fiebre de las cicatrices. Gritamos una canción a los espejos. En la soledad de una ancla, los brazos en cruz, entregamos la vida al final de las rosas.

No vayas tan deprisa amor. Yo sigo el tiempo del mar para quererte. Sobre la pulpa de los años hago de ti un dibujo. Recorro nostalgias en los pórticos y en tus manos dejó abandonados mis poemas de papel. Estamos destinados a

sentimientos alejados y eternamente juntos en los besos. Amor de madrugada: quíereme despacio...

Aquí sigo, amarrado a la ciudad en la que vivo, quemando el tiempo que me queda sobre las noches de invierno y vino tinto. Remo el silencio hasta el puente, recordando el ayer a duras penas. Las torres se murieron de cigüeñas cuando se marchó la luz de aquel verano. Riega lágrimas de musgos la lluvia en mi ventana. Me quema la vida entre las manos. Jamás en la llanura de espigas, los ojos verán de nuevo segadores.

En el cañamazo de la mañana, descubro el tiempo que me queda. Ya pasó el mar azul de aquel verano. Hoy, rasga la vida un pedernal de cuchillos. Queda herida el alma en las esquinas del crepúsculo. No hay espigas para los besos, ni sueños para otras estaciones. Bajo una arcada de granito tiritan las palomas. Campanas de tarde nos arrodillan contra el invierno y el frío.

Yo me quedo contigo en este naufragio de sol, en este pedrisco blanco, junto a los álamos mojados, con los helechos que lloran, en el silencio de los cálices.

¿Dónde anotar este recuerdo de azucenas que vivimos juntos a escondidas? ¿Dónde guardar el talismán de aquella piedra blanca? En tu colección de besos desnudaré deseos y buganvillas, esculpiré un bordado en los ojos de la noche y te soñaré siempre sobre el camino de la luna.

Todo el viento del mar cabe en tu mirada. Varado estoy en tus besos. Y aún soy niño para los sueños. Te quiero de mañana sobre la tierra de girasoles, en las esperas convulsas, en las campanas de la noche.

Hormiguero de tierra roja. Sol de otoño. Higueras de infancia. Incendio de amarillos. Por los rastrojos de mis sueños cruzan palomas. La mirada viaja al sur. Pronuncio nuestro amor contra el cielo. Tu nombre me sabe a selva, al perfume de los membrillos, a volovanes de fresas y cerezas.

Escribo hasta la noche aquello que intento expresar. Pasan aves nómadas del viento. A empujones van las letras en el pentagrama de los deseos. Un altiplano de silencio se enciende en las encinas. Se va el sol, se va a la tarde, se va la vida en las espadañas del cielo.

Habito los troncos de la luz que aún le restan al cielo. Un vuelo de águila recorre lento el altiplano. Soledad de un tiempo azul en el corazón de la tarde. De musgos mueren las horas que quedan en los troncos de los árboles. Hoy,

sólo navego la niñez que ya se fue, los besos que me quedan, los abrazos de mar y sol que tu me diste.

Cielo de noche. Ímpetu del mar. Bóveda para los ojos. Una rosa negra. Voz lenta de caminos. Ternura de fuente. En ruta hacia el silencio, desnudo un poema. Soledad que resbala. Las grietas de la tarde están en mis cicatrices. Y sobre el confín del mundo... un tañido de campanas...

Tiempo inútil de frutas. Silencio de grillos. Escoge el alma senderos de nostalgias. La luz del mediodía se aproxima. Sangran agua aquellos nubarrones fugitivos. Vaga la mirada sin rumbo por las sombras. La noche llega en las campanas, en los arroces amargos de ternura, en el vino tinto sin labios. Oscuridad a solas. Timón de viento Desierto del mar.

Se despierta la noche escondida en el universo. Un vuelo de niebla desciende en brumas a la ciudad. El corazón busca una madrugada en el tiempo para vivir. Se muere a solas, en la oscuridad de la luna, a espaldas de la alegría. Nos sobrepasan los cascos de los caballos. Antes de partir, en un vaso de ron, entierro todas las penas. Déjame una canción para seguirte, para encontrar tu huella en las rutas del cielo, al despuntar la madrugada.

Sobre el río de la noche navega la ciudad dormida. Luciérnagas de luces inútiles, se anclan a una oscuridad convulsa. Escribo un adiós sobre la vertical de la última farola. Quedan sólo corazones muertos en la piel de los chopos.

Estoy en lo alto, a medio camino del flujo del viento, de las tormentas del mar. Se desgranán de sangre las hebras de la aurora. Los gallos gritan al fondo de la ciudad dormida. Vivo sin ti en las fronteras del humo, a la espera de otro cumpleaños. Dicen que en el desierto se muere por falta de música. Róbame un sueño de los ojos para plantarlo en un florero, en las almohadas de tus noches.

Aquellos labios tuyos húmedos de besos. Bebo por la copa el carmín que tú dejaste. Delirios azules van conmigo. Invocó una danza para partir. Ya no gritan más mis manos. Tu cuerpo crece aún en la distancia del silencio. Buscan tus senos tibios el espacio de otros besos. Y hoy los días son eternos sobre la soledad de la niebla.

Parado junto a las aguas donde el río deposita musgos, escucho aquellos silencios dormidos. Palpo tu cuerpo en el tacto de las mimosas. Se hace la calma al borde de las mareas. Nace un espacio inalcanzable de hojas dispersas. Sumergido en la distancia doy la bienvenida a las sombras.

Rosa sofocada de verde y sol. Voz con deseos de susurros al oído. Una carta que llega a las lágrimas. Brisa quieta del mar, abanico de palmeras, aullido de nube. Deseo tus manos, el perfume de tu pelo; no me dejes solo todavía ahogándome de islas.

Regreso a tus aguas desde mi tren parado y sin raíles. Déjame verte una vez más. Quémame en tu sed de lumbres. Hazme un sueño en tu ciudad ajada. Dame un bosque de perfumes y el sabor de tus frutas. En tus calles dormidas dejaré en silencio mis rosas y abrazos.

La arena se empapa con la lluvia. Es el tiempo de la tierra en la ternura dulce de tus manos. Abrazado estoy a esta isla mientras el tiempo camina los senderos. Quémame los labios, lábrame un silencio, haz una escultura con el resto de mis piedras.

Remo palabras hacia el laberinto. He mordido con rabia una copa de cristal. Habito deseos que perduren en el agua de los meandros, en la ternura de las flores de cerezo... Sentimientos de adobe se derrumban como escombros. Estoy al final de un camino sin retorno, donde el polvo ciega los ojos. Sé tu mi lazarillo de besos hacia tu cama de blancas almohadas, hacia el perfume de azucenas dormidas.

En las lunas del tiempo de la noche, busco la voz de mi último poema. Nadie me dijo que el amor tuyo no era para mí. Morir es saber que jamás podré encontrarte. Lo demás no importa. Vivir historias, dejar pasar el tiempo, recordar nostalgias, hasta por fin, partir...

Es el tiempo del sílex. Me quedo a la sombra de todo lo que buscas. Estoy en tu ciudad cansada, atado a tus ojos, a las moras de tus labios, a lo que queda de ayer, en el aire de las cometas. Sobre la piel desnuda, llevo tatuada una gaviota. Los ojos escrutan girasoles al sur del amanecer. Quiéreme frente al sol, en el malecón de tus horas y tu mar.

Despierta la luz sobre la horizontalidad del agua. Paz de almohada y soles. Duerme la brisa en las gotas de rocío. Las gaviotas cruzan el amanecer en las mismas rutas de la infancia. Un recinto de palmeras convoca la bahía y el cielo oculta la luna. Sé que sólo existo para ti en el filo de las palabras. En la llama del tiempo dejo mis versos, junto al perfume de las flores. Un día, el viento norte terminará con la luz del mar y será ceniza de amapolas. Ven pronto a mis latidos últimos. Llévame contigo, antes que me arrastre un cementerio de mustios girasoles.

Amanece. El día no tiene historia. Todo está quieto, sin esperanza. Crespones de niebla taponan los caminos. Escinde una copa el silencio donde se cobijan las palabras. Aún es temprano. Duele la vida de andar a ciegas. Las noches de insomnio toco el negro perfil de mi navío, las maderas húmedas que hablan. No me queda más territorio que tú para vivir, entre el alba y las estrellas.

Conduce la luna las palabras por ese nuestro camino largo de lavandas y tomillos. A la orilla del río crece un eterno altar de álamos, y el aire sabe a mentas infinitas...

Tus lágrimas y mis lágrimas..., islas varadas en un tiempo sin destino, en raíles sin nombre. Nos quisimos deprisa en la última estación de besos, en los distintos andenes de la vida, sobre los rastros del mundo. Racimos de horas juntos, hacen crecer de frutas nuestras manos. Sólo nos pertenece un piano de islas amarradas a un ayer sin retorno.

Caen los cristales de la noche sobre las horas de la ciudad. En las rodillas del silencio se recoge una campana. Por la tierra se desparrama un cielo de luciérnagas. A fuerza de remar el aire, tejen la oscuridad los murciélagos. Se cierran los ojos que han crecido a la sombra de los muros. La música del alba tiñe de colores la bahía. El sentimiento se arrodilla ante el sentimiento del mar.

Tu y yo de la mano, y un tiempo de ayer detenido en las pupilas. Las cortezas de los troncos llevan escrito tu nombre. No te vayas, no me dejes. Aún tengo ternura y besos para rozar el hambre de tus pechos.

El mar, el sol, el mundo, tú. Y esto es todo. Suena una guitarra en las sombras. Estoy en estos muros. La voz llega hasta los mástiles. Esperaré, amor, las tardes de siesta. Busco una leyenda que cambie el destino del viento, que escriba en el cielo tu nombre de sol y espigas.

Noches, días. Tiempo pretérito. Madrugadas y sol de verano. Mueren las rosas negras. Me faltan tres horizontes para verte. En la piel llevo aquellas marcas de las piedras. Fabrica perlas de rocío el silencio sobre las telas de araña. Las nubes transitan el aire del otoño. Tu tiempo madura en el caliente color de las manzanas. Arriamos una cometa de colores para que bailen tus ojos. Deja los ríos inútiles y sin historias, dame licor de besos a la sombra, quíereme contra las maderas de mi barco.

Silencio redondo de campanas ciegas. Aves nómadas del viento. Un lago cuenta horizontes a los labios. Agua de narcisos mojados inauguran la mañana. Aquella siesta, aquella tarde azul que fabricaba la noche. El tiempo oscuro de búhos y baúles. Hoy con luceros dibujo una guirnalda de invierno en

tus collares. Acurrucado me quedo en las sombras, esperando estrellas difuntas. Muerde el tiempo la luna, hasta el frío amanecer transido de palomas.

Círculo del otoño en el trayecto del mar. Ruleta rusa. Las hojas se acumulan contra las tristezas de la tarde. No sé que hacer en estas horas de domingo. Escarbo con amor en los recuerdos de otros mapas. En la niebla dibujo aquellos narcisos amarillos que besamos arrodillados sobre la hierba. Contrato playas de arena para romper eternamente los espejos del mar.

Pregunta una luna de niebla por el territorio de su sombra, por los secretos del agua bajo el puente. Dime una canción al oído para escribirla a solas, sobre el papel del corazón.

Grita un piano una eternidad de lágrimas. Silencio de mariposas... Por el tiempo a la deriva camina una letanía de días sin calendario. Desean nacer primaveras para acariciar las rosas. No digas nada al mar que nos abraza de palmeras. Calienta palabras con versos, para superar la noche que cruza la ciudad. Háblame con voz de tierra y lluvia, desde tu corazón al desnudo.

Me encontré con tu caricia inesperada y no supe qué decir. Crezco en los espejos y no quiero que mi barco llegue a la orilla del mar. En tus trópicos de membrillos dejo mensajes azules para tus ojos de mujer. Bebe en mi cáliz de sueños azucenas y rayos de luna.

Los pies desnudos, ligero de caricias... Camino por el humo queriendo saber tus ojos. Inicio colores con las letras de mi vocabulario y me quedo de rodillas sobre el mármol de los deseos. Prende un sueño en el aire, y olvida un susurro para los pájaros hambrientos. A ti peregrino, en los azúcares de la mañana.

Queman ya las hojas verdes la cercanía del otoño. Un arpa desnuda, lenta de amarillos, viste las copas de los castaños. Navego entre suspiros y sol, las tardes de membrillos. Hazme un viaducto de miel hasta tus ojos. A tus labios llego con la melodía de mis dedos, con el cansancio del mar.

De rodillas espero en las piedras a que pase el calor del verano. Tejen el aire golondrinas y habitan la penumbra mil geranios. Me acerco a la orilla del río, para soltar un barco de papel. De otoño se llena la casa cuando los castaños arañan el sol. El viento que pasa roza las hojas y la piel. Acuchíllame, Dios de la luz, una canción a medida, para mirar el cielo en la mañana.

A cada campanada de tiempo, el aire amontona más dunas. Se hacen grietas en los labios y las palabras ulceradas producen contagio a los versos. Tus

cabellos sin perfume mueren en el tiempo de la vejez. Construyes aprisa murallas para salvar de la muerte a las últimas rosas mientras cruzan el cielo aves nómadas del viento. Y todo termina contra los espinos ciegos de la tarde.

La luz del verano ha sido sustituida por el frío y un galopar de centauros. Tirita ya otoños la ciudad, los bosques fríos de musgo. Pones sentimientos mojados a la lluvia y al paisaje. La luna, de noche, cada vez está más fría. Tan sólo queda como regalo de frutas, los girasoles de aquel verano, las manzanas amarillas junto a un campo de maíz. Espejismo de ayer que duermen... Ruta del invierno... Árboles varados en la soledad de los ojos...

Habitan la voz aquellos poemas sin nombre. Permaneceré entre dos murallas. Eco del sueño, manos repletas de deseos. Redes de ternura abrazan el color del cielo. En el barrio que habito se abre la puerta a un desierto. El tiempo de arena se va. Quedan árboles en la memoria. Con el sol compro tristezas cuando llega la noche. Muere la vida en los mapas del mundo golpeada por todas las historias de los hombres.

Convoca la memoria los días ya vividos. Espacio de cielo para la luna, tiempo de rosas perdidas. Se deslizan sueños por los caminos de los párpados. El rocío viaja en los pies. Musgo tibio, pradera de trébol solitario. Sueño de esquirla. Aquí es demasiado lento el paraíso. Despierta el pueblo en el humo y se propaga la luz en un cáliz verde. Una carreta llora las piedras de su camino. En los tejados tiritan palomas. El aire gastado se repliega hacia el azul de las montañas. Nadábamos en espejos más allá de los ojos. Hoy somos solo recuerdo en las cortezas de abedules.

Despliego el pensamiento en el latido último de las medusas. Se ha quedado para siempre la lluvia en la ciudad. Tras los cristales la mirada resbala tristezas. Ablanda el corazón sentimientos de tierra. La nostalgia es acosada en silencio por los días de luto. Cierro los ojos y a solas sueños aquellas tardes de playa y mar...

A los cristales llega como despedida este pobre sol de enero. Todo queda consumado al otro lado del espejo. Pudre el tiempo los vientos parados de los barcos. Siento que regresa una noche al fondo de las ojeras. En la espalda de la tarde, se queda el último sol. Y estas horas mías, que preparan la noche, tienen sabor de amargas almendras.

Contra los recuerdos se amontona el perfil de los veranos, lo último que queda de ayer. Y se hace tarde en los días de la ciudad. Cierra los ojos. Nada será ya igual tras el silencio y la noche.

La bruma ha ocultado a la ciudad y a las rosas. Sólo quedan los vestigios oscuros de la niebla dormida. El corazón se hace bosque húmedo de deseos, horizonte desnudo de lunas y árboles. La nostalgia emerge para buscar espacio en los párpados. Crecen los buques y surgen catedrales de fantasmas. Y a tientas vamos por la niebla, en los dedos del frío. La soledad mella la luz en mitad de las piedras. En el desfiladero del tiempo... el otoño nos suicida.

Cuando te marches existirás sólo en las fotos, en los recuerdos que me cruzan, en el silencio de las preguntas. El otoño llega a oleadas, sobre las hojas muertas, al vaho de los cristales, a la niebla que me abraza. Tal vez, a tu regreso, no esté el humo en los tejados, ni los corazones trazados en las cortezas de los árboles. Para entonces, las piedras, no serán mojón de historia sobre la arena del camino. Regreso pronto a la ausencia que presiden estas islas, al rojo del roble que se quema, a estas mis paredes. Y otra noche... Y el frío... Y otro amanecer de amarga ausencia...

Las raíces de la hiedra en la ventana, el susurro del mar todos los días. Pájaros de mayo tejen nidos con musgos y helechos. La lluvia nos regresa a los ojos y a las palmas de las manos. El último chopo se pierde al fondo de la alameda. Una procesión de soledad transita silencios por mis calles. Sueño tu cuerpo ebrio de noche contra mi piel. Y dentro, todas las palabras por decidir... y el corazón tan vacío... tan sólo lleno de ti.

Atraviesa el sol la mañana de San Juan, y las petunias el camino de los ojos. Voces de niño trepan a la torre de cigüeñas. Tienen las campanas sabor a fiesta y caramelo, a serpentinas en las manos. Palpita el día una procesión de colores. Más abajo, el río lento, trenza su peregrinar en busca de las aguas del mar. Vive la gente la paz del verano. La tarde se cierra en una hoguera de lunas todas las noches de San Juan.

Se hacen silencios largos en las maderas de casa. Un jarrón vacío repuebla la memoria. Incienso de serrín. Corazón sin besos. Atrapado estoy en esta mazmorra de barco. A ciegas busco otra piel en la ternura de las manos. Sólo quedan flores de papel. Sé que ha de regresar la noche. Cruzaré la calle, y no habrá lunes. Tornaré a mi casa, y se harán silencios largos frente a las sillas vacías.

Savia de musgo en el cuerpo de las piedras. Caminan los meses hacia un invierno detenido en los insomnios. Crecen los árboles de vida en los solsticios. Fermentos de luto se aferran a la muerte. Retiene en el otoño las hojas pintadas de ocre más allá de los manzanos. Sigilosa la tarde amontona nubes en el cielo. Tiempo detenido en el último ángelus de las campanas. Por la soledad me voy, solo, hacia el camino de las dunas.

Después de la lluvia, surgen margaritas, con sabor a tierra de otoño. Regreso desde el valle de los sueños en busca de un tiempo para dos. Y pasan palomas de amanecida. Un arpón clavado en la arena. Maderas de noche. Sentimiento de piel en el roce de los hombros. Ese balcón vacío. Busco encontrar los colores que trazaron los ojos, el recorrido de los besos, la trayectoria del agua, el silencio de las manos y el sabor del mar. Tus labios decían en mi cuerpo las semillas de abril. Y aquel vino en los rincones de la noche. Amapolas contigo crecieron de regreso en las aceras. Y aquel beso que estampaste en mis ojos... Hoy, tú nombre sólo permanece en la piel de los abedules.

Déjame bajar contigo al agua, al calor de tus sótanos. No salgas de la noche. Llévame al sentimiento de tus flores, al beso de los perfumes que amamos. Tiéndeme otro sueño de otoño dulce entre las manos, en el calor de tu cintura, en tu pubis de nardos. Se queda dormida y sola la hiedra en las columnas. Fluye el agua entre navíos. Por tu vida, mujer, camino de noche, en la playa de tu espuma, con silencios de palomas.

Cruza un grito de noche ahí afuera. Una esquina vacía. Una campana. Latido de círculos concéntricos. Botella de vodka. Hondo vaso amargo. Rompe el alba. Hierba sucia. Un banco desnudo. Tiritan cien gorriones sobre la escarcha del amanecer. Atrapado estoy en las sombras, con frío en el cuerpo, sueño en los ojos y ternuras dentro. De lo hondo sólo gritos. Cuando el día termine seguiré levantado, aguardando una mañana blanca.

Pasa la niebla por los ojos de las campanas y deja en la plaza el frío. Mazapanes de niñez duermen enterrados en las dunas de ayer. Un raíl de tren es el camino. Por la turbia hojarasca del invierno resbalo. En el alma queman recuerdos. Contra un espejo apagó la sed de besos. Sobre la oscuridad, esta noche, se suicidan mis insomnios Vivir para morir a ras de tierra, en la orilla de nadie, en el silencio de la nada.

Aquellos ojos... la ternura de las manos. Toda la luz se la robaste al mar. Desde entonces, con pisadas de arena vengo a verte, con vientos de trigales mojados te recuerdo. Y la lluvia golpea mis postigos con silencios. Queda el sabor de las almendras amargas y toda la hierba cubierta de historias y adobes. Con el aire se marcharon las tardes de tu cuerpo. Hoy busco sueños, en el mundo de las gaviotas, en tu cuerpo y en el mar.

Fruta madura en los labios... El día corre por tus ojos. Mayo abierto de par en par. Agua de río entre los chopos. Aquel perfume libre de las mimosas que discurría por los sueños. Retorna el tiempo de ayer a la mirada, a los signos que grabamos en el cielo. Nos queman dentro las preguntas mientras el corazón interroga al mar.

El vuelo último de las cigüeñas marca aquellos linderos de infancia. Fluyen silencios azules de campanas en los tules de la niebla. Otro ocaso, otro ayer, otras tardes juntos.... De un sueño parto a otro sueño mientras el corazón se incendia de hogueras. Me quedo con la luz de los campos de centeno, con los chopos del río, con las lilas, con los caminos de la luna y tu mirada.

Entumecidos están los brazos de tanto abrirme para dar. En los soportales de la vida estoy contigo bajo la lluvia. Quieto viaja el mundo sobre las ansias de vivir. En los sauces se ocultan las tinieblas de la noche. La memoria es un estanque de ovas removidas. Sentados estamos en las piedras, buscando en el agua nombres nuevos. Sobre la arena desgranamos aquellos besos de la tarde. Sobre el viento creció nuestro árbol. En tus manos para siempre, aquel ramo de rosas rojas.

Nos llega la soledad de los chopos sin hojas, la muerte de los álamos que pudre el agua. Y aquí estamos mojados de tiempo en los espejos rotos, sin mapas de sol para vivir, con la infancia partida, esperando primaveras. Poco a poco, la lluvia araña el corazón de los árboles dejando serrines oscuros entre sueño y sueño. Y la vida se agrieta en esta agonía de caminos y barro, donde faltan girasoles. Desde las piedras mojadas de mi senda, marchó por el agua hacia otros días, y vas en mis ojos como talismán y escapulario.

En los escalones de la memoria permanecen los escombros de tu voz. Escribo palabras azules sobre la hierba y el alma. Sube la nostalgia como un grito. En el amor de la noche prendimos un madero de encina para compartir palabras de islas. Ebrias de pétalos están tus manos, y mis labios buscan descanso de besos. Apretados en la piel descendemos por la noche al pozo de los sueños. Y el sudario del alba, al amanecer, halló nuestros cuerpos desnudos.

No sé qué hacer hoy, con la esperanza y tanta sombra. Desde la cama me llega el día mojado, encadenado a un cielo gris que enmohece mi tiempo. El aire es un frío espacio en blanco. Por el bosque la vida sueña libre la luz azul en los avellanos, en el color de los musgos, en el frescor de los helechos. Hoy, hojas amarillas gritan aquella soledad de los castaños desnudos. Y no queda otro camino para morir, para hallar de nuevo primaveras y esperanza.

El agua, el aire el tiempo que nos arde y nos limita de arenas... un niño entra en la mañana con pies descalzos. Una abanico de playa. Orilla sin espuma. No hay señales. Te dices palabras repetidas en la infancia. Indiferente el mar, indiferente el cielo. Manos de nácar amontonan piedras y caracolas blancas. Sol y agua. Pincel sin estrenar para acuarelas de amarillo. Hurgan en la mar golondrinas blancas. Y yo a solas con la sal, y con la vida, sentado en esta piedra...

Despierto en la mañana. Retomo el día donde ayer lo dejé. Visto la túnica de los años para remar y calzo las sandalias que me dieron. Abro la puerta y me entrego al aire para recorrer el mundo. Quema el sol las cosas que suceden, creciendo la vejez. Nace el trébol en aquella esquina de agua. Hablo a solas con el mar y con mis sueños. En las páginas de un libro antiguo guardo pétalos de rosas. Voy hasta la orilla del fuego que me queda y me acurruco en la ternura de las frutas maduras. Por la tarde, viajó en silencio hasta el tañido de una campana y aguardo el sol de abril, una primavera más.

Crepita un fuego de troncos. Vuelvo a mis poemas de siempre. Como ave apedreada quiero hundirme en las edades del mar, en la bruma de los corazones solitarios. Nacen palabras rancias de la oscuridad que duerme. Todas mis verdades permanecen en la jaula, en una muerte sin llaves, en las costuras de la niebla. La raíz de un poema abre espacios a este viento. Palabras de poemas limpios se llevan los pájaros de madrugada. Tejo un tiempo moribundo para el vuelo de mariposas.

Tu, mujer de lunas, vas grabada para siempre en el espacio de sentimientos rotos. Punzones oscuros hicieron marcas en los ojos. Vivo en el tiempo del revés. Marcho a ciegas por la oscuridad que llega, con la pesadilla del viento en los espejos. Preguntas largas se inscriben en las nubes, y recuerdo tus lágrimas de miel. Tu voz resuena en el cristal de un vaso de agua, y aquel tiempo de pétalos aún me busca. Y de ti no se nada. Y sólo en los gérmenes del ocaso encuentro flotando tus perfumes.

Abre tus brazos al mar. Dame tu alma entera. Nos hace falta una tarde más. Desnuda para mi tu cuerpo en la arena, los pies corriendo hacia la brisa. Vivo una ilusión dormida, la voz de una astro en el tiempo detenido, tu túnica blanca con flores, tu boca mía, el amor entre las manos, la ternura en la piel, y el sol junto a nosotros y el mar.

Espada de cuatro filos, filos de amor en tu cintura, una vela, y el tiempo del revés. He abierto una puerta de besos y abrazos para ti. De luces se han vestido las horas de madrugada. Un mar de sueños viaja en la brisa. El tiempo pasa en el vuelo de las cometas, en la tierra que elabora el viento. Sobre tu corazón, en las piedras, gritaré tu nombre antes de partir. En el espacio de la sal y las manos, abandono un poema azul de risas, sólo para ti.

Frescor de mañana. Luz del mar. Terciopelo de rosas contra el cielo. Languidece una guitarra más allá de las arenas. Me desdoble en deseos para componer un verso. Las últimas brújulas de tus letras se han detenido en los ojos. Te viste la paz desnuda. En las manos, rumor de musgos. Un silencio hondo recorre las letras azules de tu nombre. Sé que de nuevo conmigo, estarás otra tarde de pinos y tulipanes.

En tu pelo aún no ha muerto la lluvia de abril. Te he soñado en el recuerdo de tus mañanas de no estar. Exculpo un beso para ti, en la pulpa de las frutas, en el color del mar, en el vuelo blanco de las gaviotas. Bajo este limonero ronda tu nombre para siempre, en la extensión verde de los eucaliptos. Con el polen de la brisa en las manos, acuno sentimientos despacio. Y tú eres el centro de mi viaje.

Estoy dentro, tras los cristales de lluvia, en la penumbra agri dulce de una soledad sin nombre. Permanecen abiertas las páginas de un libro amarillo. En las manos, las últimas lágrimas de tus letras. Queda dentro un silencio hondo de álamos para seguir caminando sin sol. Y la tormenta no cesa... ni mueren los olvidos. En la hierba, difunta de ayer, se acuesta la brisa del mar en el agua que llora.

Quiero una mañana de no estar en los brazos del silencio. El corazón no desea preguntas, ni interrogantes oscuros los despertares del alba. Tengo un ángel de pasión, desposeído de estrellas. Se cierra la mirada a la luz, para hacer la oscuridad en las hebillas de dentro. Las paredes del alma son el lecho de tormentas. Y no quedan palomas para acallar las preguntas, que resbalan de barnices. En la oscuridad, de bruces, busco un poema nuevo para invocar esperanzas. Rueda la vida. Gira una rueda. Y no hay más sol. Y no hay más mar. Y solo estoy, sentado en una piedra.

Como tú, que caminas a diario por mi vida, yo trepo por las palmas a tus ojos. Lenta, deja tu voz anclada en aquellos bosques de viento. Préndeme un húmedo desierto en la esperanza, hagamos nidos en tus senos con los besos, todas las tardes de abril. Deja encendido un sueño para tu próximo cumpleaños. Sobre la hierba y el trébol, cada tarde de crepúsculos, miraremos al sol.

Ha sonado el reloj tras la siesta. Desbordada de sábanas te miro y mis manos hablan deseos. Un volcán son tus mejillas cuando bebes los sueños. Estar. Verte. Me abrazan tus senos de frutas, y a los labios me llega tu pelo.

Dilatas los deseos y haces un paraíso de tus muslos. Me roza tu piel hasta cegarme y en la penumbra del crepúsculo crecen sentimientos en silencio. Cuando despiertan los ojos, el mar aún nos grita primaveras.

Música y tiempo crecen a la vez entre las manos. Tu cuerpo es distancia de jazmines. Un barco deja la bahía. Otro viento acuna la luz del bosque. En un porrón de vino tinto se instalan costuras y cicatrices. Te fuiste dejándome

grabada una historia de amor en la frente. En ti busco las perlas del mar, las tardes de pinos, y el espacio de universo que a mí me falta.

Ese cielo de brisas empinadas. Toca silencios las cortezas de los árboles. Tez madura de soles, donde los ríos ajaron la piel. Existir en una inmensa paz azul. Una geografía de acero guía las bitácoras por el fluir lento del silencio. Se renace en los sollozos, en las hojas dispersas frente al mar.

Bienvenida a la tarde de pensamientos amarillos. Muerdo el palpitante de viejas horas. Espacio inalcanzable. Voz de cardos en el camino. Llega un sonido de campanas sumergido en las sombras. Tu voz yace en el recuerdo sofocada. Primavera pendiente de vivir. Horizonte de agua para un tren sin raíles. Te llevo en los susurros, en tu perfume quieto. Otros velos esconden las distancias. Convócame en tus senos para conocer los sentimientos de ayer. Fluir del cielo lento. En mitad de la tarde se cobijan las hojas de parra. Vierto el dolor en el aceite de un candil. Me adentro en el misterio, en este sabor a muerte de la vida.

Ese espacio inalcanzable donde muere el mar. Duerme el silencio bajo la hiedra en una luz dolida. Cadencia de remansos. Nace el tiempo. Huyen las nubes bajo un cielo de gaviotas. Pasos que viste el agua. En los ojos palpitan velas al viento. Alumbramiento de acontecimientos donde habla la calma. Parpadeo inerte sobre un jarrón de tulipanes. Se adormece una canción. Brisa quieta en el aroma de madre selvas. Soledad de tarde. Toda el alma conmovida recuerda tus labios.

Suelo de tierra negra. Verdes cúpulas de la tarde. Esa encina que atesora el sol. Vivo de recuerdos enrojecidos. Extraño tu cuerpo. En los labios quedan silencios. Tu tiempo de adiós me mata. Espero una noche de lluvias. Queda la orfandad sobre los troncos y en el corazón las cicatrices. En la voz parto hacia un último despertar. Una siesta de fríos me alcanza y me empapa de distancias. Alquilé mis hambres para tus precipicios y estoy a solas, en esta estación sin nombre ni destino. Vivo para quedarme, anclado sólo a los recuerdos...

Oscuridad sin compañía. Tarde de juncos. Tiempo húmedo. Camino por tus calles mojadas tras haber dejado las islas. Mi sed de lumbres murió con los árboles talados. Me duele tu adiós como una piedra. Me dejaste sin palabras, sobre esquirlas de repente. Permaneces sólo atada a los labios, al adiós de los pañuelos, a mis hebillas de cicatrices sangrantes. Jamás volveremos a los campos de ayer, al olor del heno, al tiempo de pinos y maderas. Nubes bajas muerden la tierra. En mis horas de mar sólo quedan cristales, soledad de vaso roto, aguardiente para la noche.

Nube sobre las altas cúpulas. Atalayas que guardan el tiempo. Te has ido como sueño de agua en el cielo de ayer. Sedimento de arena que redime. En las voces de los pájaros aletean las nostalgias. No sientes otra cosa. Tal vez Dios este ahí arriba. Ascende el silencio de los troncos. Atraviesan otras horas, las dolidas calles del alma. Y el día queda desnudo en los árboles talados.

Tengo las manos repletas de lluvia y el corazón no ha muerto todavía. Se oculta el sol en la ternura de otros ojos y el frío se adentra por aquellos ojales de soledad. Muerde el lecho del mar una tormenta y mendigo tu nombre en las memorias. Quedan mil deseos taponados en los frascos y sin sol envejecen las ojerías. Hoy los sueños miran las muertes azules del invierno.

Vengo a llorar sobre el barro, una canción inútil. Lluvias de llanto golpean mis paredes. El silencio se extiende hacia el éste. Mares de escarcha apagaron la voz. Desecho estás en la tormenta. No queda lumbre para los poemas. La vida muere en la palabra, en los besos fríos, en mitad de una plaza.

Prendida llevo aún aquella tarde de río y moras. Hoy tu cuerpo, en la distancia, grita recuerdos de ayer. Bajo los árboles tu desnudez canta golondrinas. Contigo y con tu historia vivo en los juncos del viento. Robas mis sueños cada día en el crepúsculo de los ojos, mientras trenzo cada verso las tardes de septiembre. En el espacio de los dos ya no crece la música. Los girasoles se han teñido de gris. Sólo me abraza esta soledad escondida en el alma del crepúsculo.

En la tez ajada de las cortezas queda el musgo, toda la luz de la alameda. Día lento, bahía de agua y sombra. Paz. Los ojos de la tarde. Roza el tiempo los perfumes en las hojas dispersas. Y yo aquí, sin susurros, en el río de las cosas, en el silencio que lloran, en el pálido dolor de tanta ausencia.

Vuelvo a ser en las espigas. Vivir sin sueños. Morir en las palmas del olvido. Sentir el cielo... Inútil viento de gaviotas. Nubes bajas penetran en el desván, junto a las rosas de silencio. Mil sentimientos azules recorren la tarde. Ese misterio de adiós y todos los olvidos. El otoño lame las campanas, la piel de los árboles caídos. La madera muere soledad sobre tablas amarillas, en la ciudad de los juncos.

Por los ojos, por las calles del silencio el viento toma apuntes de tus perfumes oscuros. Murieron las acuarelas de ayer y ya nada será igual. En el cristal de los recuerdos sabrás mis cicatrices. Cierro los ojos para sofocar el mar de las ternuras. Aquellas lágrimas ya perdieron su cauce. En las manos sólo queda el humo de las cenizas. Miro al cielo y los cálices de la lluvia lavan la túnica de la mañana.

Un reloj de péndulo desnuda el silencio. Pájaro azul. Ciudad triste. Por los arándanos de ayer van tus labios y en mis adentros cicatrices. Empapado vivo de sueños y recuerdos. Me visten deseos, un mar de noches me puebla. En una piedra gris estoy sentado. Y tarda la marea, y te beso a solas, y muero de silencio junto al corazón vacío.

Dueña fugaz de tu santuario, y dueña del tiempo de caricias, eres deseo, silencio de labios. Y yo aquí, en la sombra, en los sueños, y en la locura de una espera inútil, en el cansancio de mi casa sin ti, sin la alegría de los pájaros.

Sofocado tiempo de corazones. En las manos líquidas del mar recuerdo el espacio de mi tierra. Una isla de abrazos te daría en la luz de las palmeras. Pero ya nada será igual las mañanas de invierno. Tú eres un deseo sin posible vuelta atrás.

Nos aprieta el mundo la garganta en las metamorfosis de la vida. Y andamos en círculo bajo los árboles, escribiendo el mismo camino. Una flauta nos convoca en los nudos de la noche. Hace tiempo que se han roto las cuerdas de las cometas. En los estambres del mar quedaron los sueños de aquellas caracolas. Sobre los cuchillos del agua, amontonados contra el frío, morimos de sed cada noche de inviernos.

Y ya no hay lilas. Queda el camino moribundo donde se pudren los helechos. Por encima del cielo abierto, nos mira con pena la luna. En copas rotas están depositadas aquellas palabras de ternura. Y hoy sólo la soledad tras los cristales.

Te sueño rendida en el cauce del agua, desparramando manzanas en bálagos amarillos. Las frutas silvestres perfuman tu piel al asomarse al cielo. Pongo un sello de amor a una carta para jamás olvidarte.

Mensajes vacíos se han incrustado en el vuelo de las cometas. No quedan paisajes fluviales en los ojos del cielo. Los árboles permanecen callados, a la espera del invierno. Nubes grises muerden el sol. Todas las palabras reman en los escombros del silencio. Y la lluvia me espera a solas en el camino de la luna.

Sostiene la memoria tristezas en islas de recuerdos. Anega el tiempo la piel de las arenas y pudre el color verde de la hierba. Sofocado por la desnudez que sólo espera, permanezco vacío en las arcadas del mundo. Mendigo un beso y no estás, y tras la ventana, ya no hay nadie.

A ciegas por la vida sin lazarillo ni guitarra voy. Los cementos son mi calvario y no encuentran eco mis poemas. Pongo la voz en la hierba y sobre los árboles se quedan las palabras. Con los dedos busco tu mirada y hoy he sabido que tu amor no es para mí. Compro historias tristes para la soledad de la almohada, para la llegada del invierno, para el camino hacia la mar.

Aquel día gris, tu mirada fría, mi soledad oculta y la ternura toda cortada por cuchillos. De uno al otro lado, aquel adiós de despedida amargo. Es cruel morir en pie de amor y sentirte rechazado. El corazón, tras los cristales, vierte lágrimas al ritmo de la lluvia. Y no hay motivos para seguir viviendo, ni palabras, ni besos de ternura para el camino.

Al extremo de la tarde está la soledad en la lista del regreso. Y nunca más volveremos a encontrarnos. Viviré para dejarte, para olvidar recuerdos antes de morir.

Desentierran las nubes el día, cuando aún no han sonado las campanas. Me duele el cuerpo de tanta noche. Están las manos sangrantes y vacías de tocar en círculo cementos. Ando por tu mirada mía, pero me has olvidado tras el silencio. Jamás el tiempo recorrerá aquellas mañanas, los besos ocultos, tus pupilas plagadas de luz, clamor de tarde frente al sol. Se rompieron para siempre las ilusiones de terciopelo, los momentos del vino y el color de las mimosas. Prenderé mis tristezas eternas en la luz de los castaños. Y me iré de tarde, sin rozarte, con mi carga de ternura en los bolsillos.

Ha llegado el tiempo de las moras a los labios. Son mañanas de girasoles. Es sabido que tu amor no era para mí, y que en tus manos crecían mis palabras. Compro historias de sol y de guitarras para celebrar la fiesta con cantos. Caminar por encontrarte fue sólo caminar. Lágrimas en los ojos. Hoy el gozo de tenerte. Estás de nuevo conmigo, en el viaje del tiempo, en los linderos de la tierra de ayer, en la alegría de los cerezos.

Sol. Día de moras. Página blanca de niñez en los adentros. Amarra el tiempo las horas de septiembre y crecen en las manos frutas negras y amarillas. Todas las trayectorias de los ojos conducen a la luz del sol en el sabor de las almendras. En una tela de araña permanece la muerte para otra noche. Los álamos, frente a los ojos del cielo, crecen de silencio. A solas, las palabras, cruzan el perfil del corazón y se trenza la belleza de un poema. Viviré para soñar los besos de madre en la infancia que jamás regresa. A solas, en mis palabras para nadie, dejo escrita la verdad de un peregrino: esta tarde soy feliz en el tiempo de las moras.

Cómplices de la vida y los besos, seguimos otra vez en peregrinaje de sentimientos compartidos. La ilusión asomó por tus ojos a raudales, y el día chorrea luz y sensaciones nuevas. Me persigue un foulard azul las tardes de septiembre. Contigo me quedo en las palabras, en la llanura blanda de tus moras, en el calor de la piel, sobre los gritos del alma.

Escalera de arándanos. Tarde de azul posada en los ojos. Seguir viviendo en el instante con otra edad. En tus senos se acrisolan transparencias de verano, y todo el sabor de las manzanas. Estás en los pasos cuando te nombro, en el roce de la piel cuando te beso. Y quedan aún sentimientos bajo el cielo y los árboles. Septiembre nos abraza en el silencio de las manos. Otro día, otra tarde, recorreremos los caminos del amor enfebrecido que nos deja tendidos en la hierba.

Me he parado en los túneles del miedo. Queda una desolación vacía de líquenes y los sentimientos se refugian en la nada. Quiero buscarte en los caminos que han sido tras la lluvia. Lloraré tu ausencia en las auroras, cuando despierte el rumor de las mareas. Por la infancia de las hojas me iré dejando una puerta abierta. Estaré contigo para siempre, cuando bajo tu almohada, brotes nuevos, griten al mes de abril.

Duerme el tiempo de la brisa en las suturas del mar. Bajo otro cielo quiero vivir, en una llama sin piedras, en la humedad de las rosas. En la niebla del rocío se prenden los ojos, sobre el resplandor blanco de azucenas. Ascende el humo que busca el amanecer. Pasa el aire tibio por las arcadas del alba y enhebra nostalgias en calendarios de otoño. Quedan sólo palabras para el latido último de tus amapolas.

Transido está el aire por el silencio de golondrinas. Tarde quieta. Hambre de una oración desnuda. Sangre plagada de desiertos. Peregrina la luz de arena en los pies descalzos. Ir en busca del mar. Dársena de sentimientos por decidir. Rincón vacío. Intersticios del aire. Mapas y otros itinerarios. Tarde inútil. Llorar en calma.

En los sueños de ayer quedan lágrimas. Una leyenda de crepúsculos viaja en los silencios. Al poniente, los árboles están talados. Un suicidio de primaveras se inscribe en las cortezas. El corazón está vacío en esta isla. En la nada muere el tiempo que nos congrega de lluvia. Busco un traje para las sombras y un búcaro de azucenas para morir despacio, cualquier día del mes de abril.

Se marchitan las flores al alba. Llega el viento Norte. En los gestos queda el frío, los silencios para la muerte. Trasciende la nostalgia aquellos recuerdos de ayer que te impulsan al abismo. Las estaciones cambian la edad, en la leyenda

dolida de los árboles. Siento dentro una crucifixión de besos, y el agua, y eternamente la lluvia golpea el sentimiento y los cristales.

No es hora de limosnas. Se pone duro el pan reciente. Por las cenizas de la vida se escaparon aquellos sueños. En el confín de los gladiolos y el silencio, van las cicatrices. Y ya no habrá más tiempo de estrellas para tanta noche.

Aupado al norte del mar, me llega el sabor de las mareas. El cielo bajo porta el esplendor de los maíces. Me persiguen sensaciones de abril sobre capiteles de recuerdos dormidos. En los ladridos de la noche están las cenizas, junto a los perfumes de la tierra mojada.

Horas de sabor nuevo, de uvas amarillas. Callan las lágrimas y el tiempo que ha sido lo han arrancado en tu isla. Habito el borde de un pantano de sueños. En los gestos del agua recuesto las almohadas, para sentirme vivo junto a los árboles. Recorreré tus manos en la luna menguante, para cruzar la llama hacia el territorio de tus ojos.

Una tarde de maíces nos circunda y nos abraza. Contigo estoy en la mirada. De rodillas, en los besos, siento parado el tiempo. Pentagramas de silencio congelan fotos de palomas en los posos del café. Al fondo de la isla de deseos están tus pechos abiertos, y en una geografía de entrega. El calor dilata las palabras contagiando las salivas. Y estamos en el mundo de los dos, con los ojos cerrados, sintiendo la verdad de nuestras tardes.

A la deriva, en las rosas tibias, voy contigo sobre llanuras de atardecer. Crecen pinos de sobresalto en el concierto de tus manos. Me penetra tu mundo por los labios y se hacen archipiélago de lunas. Elijo los días para quedarme contigo, en tus orillas de cielo y mar.

Busco cobijo en tus senos para un horizonte de noches. Atrás dejé las cicatrices. Abres la tarde y se desparraman las frutas sobre los dedos mojados. Piel a piel. Nos resbala el sudor de los racimos. En los labios nos queda el silencio de las moras. Sobre los cálices del tiempo te querré de rosas amarillas, de maíces tiernos, de helechos y mimosas.

En los ríos están tus ojos. Vivo en el color caliente de tus frutas cuando te hablo. Globos rojos. Espejos maduros de cielo. Vendo un barco dormido. Licor de sombra. Esos fuegos artificiales sobre la noche de pinos. Una campana cuenta horizontes de tañidos. Y tú, al otro lado de mi ciudad. Para ti amontoño narcisos en el cristal de los espejos. Cosido estoy a ti en mis islas que son recuerdos.

Se va la tarde por el mar, en los intersticios inútiles de las nubes. Queda el color caliente de una voz de nostalgias y palomas. Cruza el cielo hacia el sur una constelación de pájaros. Me arrodillo en silencio junto al agua. Ese tiempo de ensueños... tu blusa despojada de botones... La piel... los nidos del alba... tus azucenas... el temblor de las manos... los perfumes de la tierra en el frescor del trébol. Tocamos el alma con los dedos hasta el alba. Mojados de rocío y besos nos despertaron las campanas.

En el color de los mapas queda una marca de canciones. Creo en ti atado a los escalones de este mar. Una voz abandono sobre tus ojos al partir. En tus manos dejo mis poemas. Quiéreme hasta el grito de la noche, hasta el perfil de los narcisos, hasta esa luna de lilas blancas.

Madre, tengo tu abanico negro de rosas y tulipanes. Por tus tardes de ganchillos se van entrando ya las hojas. En tus silencios escucho tu corazón con voz de tierra. Todo queda dentro, en los besos de noche, en las tardes de membrillos, en el sabor del pan reciente. He crecido demasiado pero aún tengo ojos de niño. Déjame un beso para siempre en las pupilas, antes de la puesta de sol.

Después del tiempo de tu piel crecieron margaritas mojadas de lluvia. En los límites de tu arco está mi trayectoria. Traspasa la niebla hasta mi corazón desnudo, hasta mi temblor de sentimientos azules.

En cajas de colores guardo recuerdos. Contigo recorreré los paisajes de mi infancia. Por tus ojos en el tiempo de moras pasearon mis historias. No quedan secretos para que broten los álamos. Aún somos niños en los besos de tarde. Dame una primavera más para soñar contigo. Dile al sol nuestras horas de corales. Sacude el heno de tu falda. Pasan frágiles las mariposas. Toma una abanico de canciones. En mi caja de colores, guardaré los recuerdos contigo.

Tus ojos son viaducto hacia los suspiros, antes del color de la miel. Aún es otoño en los papeles verdes, en los celofanes de los ríos, en las ojeras del musgo. Dame una melodía para pintar acuarelas antes que se acaben las palabras. Están tus azafranes en la yema de mis dedos. Sólo quiero rozar tus pezones con el viento para saberte mía.

Esa noche. Esa casa vacía. Cuando te vayas, madre, lloraré soledades hasta el desierto. Se quemará nuestra estrella. Las acacias no tendrán ya más perfumes y todos los soles serán moribundos. Atrás quedarán tus ojos, "el bálsamo bebé", la ternura, el cariño de aquel verano, los besos en las

tormentas. Sobre el camino de las manos se han juntado, en el tiempo de tu vivir, las primaveras. Aquellos arricángeles de niño. Un ángelus. El agua de los cántaros, la ropa tendida al sol, azucenas de comunión blanca, el ganchillo de las tardes en la plaza, la mantequilla, los zapatos de charol. El tiempo detenido en tus ojeras... pan y miel. Las rosas, los besos de noche... La nieve, la escuela, aquel olor a heno y a tomillo, la soledad de los pájaros ciegos, la ternura detenida, el canjilón de noria, la desnudez de la lluvia, el sepulcro de las lunas, el buscar y no saber, el comenzar sin esperanzas cada día, el dolor de las palabras, las noches inútiles, primaveras sin golondrinas, la melodía de las olas grises. Los hijos que crecen y se van... y tú ahí, en el sentimiento de una entrega desmedida, creciendo claridades mientras la tarde llega. Dame Dios inocencia antes que se oculte el sol, antes que mueran los árboles, y que se destruya el otoño en los ojos de mi madre...



CREDITOS

José Luis Moya Palacios nace en la Fuente de San Esteban (Salamanca).
Se inicia en la docencia como profesor en (Santander-Valladolid).
Cursa Psicología en la Universidad Pontificia (Salamanca). Licenciatura sobresaliente fin de carrera.
Dedicación apasionada al campo de la clínica infantil.

- Psicólogo Clínico. (Universidad Pontificia de Salamanca)
- Psicólogo del lenguaje (Escuela Superior de Psicología: Universidad Pontificia de Salamanca).
- Master en Psicología Sofrológica. (Andorra: Alfonso Caycedo).
- Psicólogo del Equipo de A.T. del Ministerio de Educación y Cultura.
- Profesor de E. Secundaria.
- Profesor A. Universidad de Salamanca (Dpto. de Psicología Básica, Psicobiología y Metodología de las Ciencias del Comportamiento).
- Hipnopsicoterapeuta.
- Miembro de la <<American Association of professional Hypnotherapists>>.

A lo largo de la geografía española ha impartido numerosos cursos de sus especialidades, tanto en entidades públicas como privadas.

Con más de 50 ponencias presentadas a diversos congresos de su especialidad. Más de 70 publicaciones inéditas en el campo de la clínica, la psicología y la informática: Revista: European Mac, Padres y Maestros, Anales Iberoamericanos de Foniatria, Patio Abierto, Anales Otorrinolaringológicos Iberoamericanos, Estudia Pedagógica, Siglo Cero, Amarú E., Comunidad Educativa, etc.

Desde la Editorial Anaya, ha publicado dos libros de psicología para alumnos y profesores de la LOGSE (2001). (Nueva reedición 2002).

Tras varios años de investigación, ha editado dos cassettes sobre <<Técnicas de Relajación Infantil>> (1993).

Posee publicados varios libros de poemas:

- "La noche de las lilas. Salamanca 2001
- "Al final del arco iris. Salamanca 2001

Igualmente ha publicado diversos poemas en formato CD

- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Las cuatro estaciones. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.

- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: A mis hijos. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde el arco iris. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde lo profesional. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Reflexiones. Formato CD. Porfolio 25K, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Bajo la luz del sol. nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 9,3 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Homenaje al viejo Plus nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 16 MB de desarrollo, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Recuerdos del ayer nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 14,7 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Cuando la flor se hace poema nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Nostalgia en el amanecer nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Ver, oír sentir y soñar nº 20 diciembre: Formato CD. Porfolio. 7,1 MB de desarrollo, Madrid, Marzo, 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD Nº 22: Junio. Contraluces interiores: Formato CD. Porfolio. 5,1 MB de desarrollo, Madrid 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD nº 22: Junio. Olor a tierra mojada.: Formato CD. Porfolio. 2,5 MB de desarrollo, Madrid 1977.

Miembro de la tertulia literaria "Papeles del Martes" donde también ha publicado de forma colectiva.

- "Papeles del Martes: nº 26, Pág. 26 Salamanca. 2001.
- "Papeles del Martes: nº 27 "Un poema nace" Pág. 8 Salamanca. 2001
- "Papeles del Martes: nº 28 Pág. 34: Salamanca 2002.
- "Papeles del Martes: nº 29 Pág. 12: Dos poemas a mi madre. Salamanca 2002
- "Papeles del Martes: nº 30 Pág. 20: Ayer de Amanecida. Salamanca 2003
- "Papeles del Martes: nº 31 Pág. 15: Sueños perdidos, Morir despacio, Paz. Salamanca 2003
- Papeles del Martes: nº 32 Pág. 22: Dos poemas: Al Alba. Tarde. Salamanca 2004

OTRAS PUBLICACIONES:

- Poesía: Grupo Álamo. "Plaza de San Esteban" Salamanca. 2002.
- Revista Literaria: Luces y Sombras: Fundación María del Villar Nº 20, 2003: Los cuatro elementos. pag. 144.
- Revista L´Aceña: Alba de Tormes, pueblos y comarcas: Sec. Páginas poéticas: "Besos para el camino" Nº 12 Enero Marzo, 2003, Pág. 30-31.

PREMIOS

- Primer premio en el Certamen internacional "Pluma de oro de Poesía 2001" con la obra <<Besos de Cristal para el Camino>>. Alcorcón. (Madrid) 2001.
- Finalista en el certamen literario "X premio de poesía de Peñaranda de Bracamonte 2003"
- Primer premio de Poesía del <<XIX Certamen internacional de Poesía "Gabriel y Galán 2004. Poemario: Remando hacia el corazón>>Guijo de Granadilla (Cáceres).

Premio segundo a la mejor colección de fotografía "La Gaceta", VII Rally Fotográfico de Alba de Tormes. Octubre 2004.

Desde la utopía, sueña... aunque pisa la tierra firme del presente.
Apasionado de la docencia. Cree en la educación como obra de vida.

Constante e incansable en el trabajo. Con voluntad de ser, siendo, mientras exista la esperanza.

EL corazón y la mente siempre en busca de proyectos y caminos nuevos por descubrir, mientras va en ruta hacia alguna parte.

En tanto llega la tarde en los cuatro puntos cardinales, y la madurez de las arrugas en la frente, la rosa de los vientos le impulsa al optimismo, a la esperanza de mejorar la vida, el mundo, los hombres, desde la insignificancia planetaria de sí mismo.

Su horizonte: la vida en plenitud.

JOSE LUIS MOYA PALACIOS

San Pablo 66-80 1 º C, Esc. 2

37008 Salamanca

Tel: 923-269665

Correo electrónico:

jlmoypa@ono.com

jlmoya@usal.es